

Los Tres Jinetes del Apocalipsis

Por G. K. Chesterton

El curioso efecto, a veces bastante molesto, que el señor Pond solía producirme, a pesar de su estereotipada cortesía y su pulcra dignidad, debía estar relacionado con algunos recuerdos de infancia y con la vaga asociación verbal provocada por su nombre. Era funcionario del gobierno y antiguo amigo de mi padre, y supongo que mi imaginación infantil había confundido el nombre del señor Pond con el estanque que había en el jardín.¹

Cuando me ponía a reflexionar sobre ello, él representaba un curioso parecido con el estanque del jardín. En tiempos normales, Pond era tan tranquilo, tan nítido en su aspecto como brillante, por decirlo así, en sus reflexiones ordinarias sobre la tierra y el cielo y la luz diurna corriente. Y, sin embargo, yo sabía que había algunas cosas raras en el estanque del jardín. Una vez entre cien, uno o dos días durante todo el año, el estanque presentaba un aspecto extraño, distinto; o bien, una fugaz sombra aparecía en su llana serenidad, y un pez o una rana o algún grotesco ser viviente se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en el señor Pond había monstruos..., monstruos que moraban en su mente y que salían un instante a la superficie, para hundirse de nuevo. Tomaban la forma de grotescos raciocinios, en el meollo de todas sus suaves y racionales observaciones. Algunas personas creían que se había vuelto loco de repente, en el curso de la conversación más sensata. Pero también tenían que admitir que volvía de nuevo a recuperar, repentinamente, su sensatez.

Quizá, también, esta tonta fantasía se había arraigado en la mente juvenil, porque, en ciertos momentos, el señor Pond mismo se parecía a un pez. Sus modales eran, no sólo muy corteses, sino también muy convencionales; todos sus ademanes eran convencionales, con excepción de

¹ Pond, en inglés (N. del T.)

uno, que consistía en tirarse la puntiaguda barba, y que parecía producirse principalmente cuando se veía obligado a hablar en serio acerca de algunas de sus extrañas e inesperadas afirmaciones. En tales coyunturas, solía mirar fijamente hacia adelante, tirándose la barba, lo que provocaba el cómico efecto de abrirle la boca, cual si fuera la de un muñeco con pelos de alambre. Este raro y ocasional abrir y cerrar de boca, sin decir nada, presentaba una asombrosa similitud con el lento movimiento bucal de los peces. Pero no duraba nunca más que contados segundos, durante los cuales, supongo yo, él se tragaba la indeseada proposición de explicar qué diablos había querido decir.

Cierto día estaba el señor Pond conversando apaciblemente con Sir Hubert Wotton, el conocido diplomático; encontrábanse sentados bajo unos toldos de alegres bandas, o sombrillas gigantes, en nuestro propio jardín, y estaban mirando hacia el estaque que yo había asociado perversamente con su persona. Daba la circunstancia que estaban charlando sobre una región del globo que ambos conocían bien, y que muy pocas personas del oeste de Europa conocen: las vastas llanuras de pantanos y marismas que se extienden entre Pomerania, Polonia, Rusia y el resto, y que llegan, según tengo entendido, hasta los desiertos de Siberia. Y el señor Pond recordó que a través de una región de profundas marismas, atravesada por lagunas y perezosos ríos, corre una solitaria carretera sobre un elevado terraplén con empinadas vertientes; una senda recta bastante segura para el caminante ordinario, pero apenas ancha para que dos jinetes puedan cabalgar juntos. Este es el principio de la historia.

Esta se refería a un tiempo no muy remoto, pero a un tiempo en que los jinetes eran usados mucho más que ahora, aunque ya menos como guerreros que como mensajeros. Bastará decir que los hechos habían ocurrido durante una de las muchas guerras que habían asolado aquella parte del mundo..., en la medida que es posible asolar una tal vastedad salvaje. Por inevitable, implicó el agobio del orden prusiano sobre la nación polaca, pero, fuera de eso, no es necesario exponer aquí la parte política del asunto o discutir sus partes buenas y malas. Sencillamente, séanos permitido decir que el señor Pond divirtió a su compañero con un acertijo.

—No dudo que usted recuerda haber oído hablar —dijo Pond— de toda la excitación producida alrededor de la persona de Paul Petrowski, el poeta de Cracovia, que hizo en aquellos días dos cosas bastante peligrosas: marcharse de Cracovia para ir a vivir a Poznan, y tratar de ser a la vez poeta y patriota. En aquel momento, la ciudad donde él vivía estaba en poder de los prusianos. Se

encontraba exactamente en el extremo oriente de la larga carretera; por cierto, los prusianos habían tomado la precaución de apoderarse de la cabeza de puente del solitario viaducto que cruzaba ese mar de pantanos. Sin embargo, para esa operación particular, la base que ellos tenían se hallaba situada en el extremo poniente de la carretera. El famoso mariscal Von Grock había asumido el comando general; y se daba la circunstancia de que su propio regimiento, que era todavía su favorito, el de los Húsares Blancos, acampaba cerca del principio del largo camino sobre el terraplén.

—Naturalmente —prosiguió Pond—, todo estaba magnífico, hasta el último detalle de los maravillosos uniformes blancos, con los rojos tahalés que los cruzaban en diagonal; porque esto ocurrió justo antes del uso de colores como el barro y la arcilla para todos los uniformes del mundo. Yo no les echo la culpa de ello: a veces tengo la impresión de que la vieja época de la heráldica era más hermosa que la época del mimetismo de los colores, que vino después con la historia natural y el culto a los camaleones y escarabajos. De todos modos, este regimiento escogido de caballería del ejército prusiano llevaba aún su propio uniforme; y, como ustedes lo verán, eso fue otro elemento más del fracaso. Pero ello no fue debido solamente a los uniformes sino a la uniformidad. Todo el asunto fracasó porque la disciplina era demasiado buena. Los soldados de Von Grock le obedecieron demasiado bien, y por esto él no pudo hacer algo que quería.

—Supongo que se trata de una paradoja —dijo Wotton, soltando un suspiro—. Desde luego, no cabe duda de que tal historia está diestramente tejida; pero, aún así no tiene sentido alguno, ¿verdad? ¡Oh, ya sé que la gente suele decir que, en general, hay demasiada disciplina en el ejército alemán! Pero es imposible conseguir demasiada disciplina en un ejército.

—Pero yo no digo eso de una manera general —afirmó Pond, en forma quejosa—. Lo estoy diciendo de un modo particular acerca de este caso particular. Von Grock fracasó porque sus soldados le obedecieron. Desde luego, si *uno* de sus soldados le hubiese obedecido no habría sido tan malo. Pero cuando *dos* de sus soldados le obedecieron..., pues, realmente, el pobre diablo perdió toda posibilidad de éxito.

Wotton soltó una risa gutural:

–Me alegro de oír su nueva teoría militar. Usted permite que un soldado por regimiento obedezca las órdenes; pero si dos soldados obedecen las órdenes, usted considera que eso es llevar la disciplina prusiana un poquito demasiado lejos.

–Yo no sostengo ninguna teoría militar. Estoy relatando un hecho militar –respondió plácidamente el señor Pond–. Es un hecho militar que el señor Van Grock fracasó porque dos de sus soldados le obedecieron. Es un hecho militar el que habría podido tener éxito si uno de ellos le hubiera desobedecido. Después, usted puede componer las teorías que desee acerca de eso.

–A mí no me gustan mucho las teorías –dijo Wotton, en tono más bien rígido, como si hubiera sido alcanzado por un vulgar insulto.

En ese momento pudo verse, atravesando a zancadas el césped moteado de manchas de sol, la grande y oscilante figura del capitán Gahagan, el muy extraño amigo y admirador del diminuto señor Pond. Llevaba una flor roja en el ojal y un sombrero de copa gris ligeramente inclinado; y caminaba con un aire fanfarrón que parecía provenir de una época de petimetres y duelistas, aunque él mismo era comparativamente joven. Mientras su figura alta y de anchas espaldas se recortaba bajo la luz del sol, parecía la personificación de toda la arrogancia. Cuando se acercó y hubo tomado asiento, con el sol dándole en la cara, esta impresión quedó contradicha por sus suaves ojos castaños, que irradiaban tristeza y aún un poco de ansiedad.

El señor Pond, interrumpiendo su monólogo, casi se deshizo en excusas:

–Creo que estoy hablando demasiado, como de costumbre; la verdad es que hablaba acerca del poeta Petrowski, que estuvo a punto de ser ejecutado en Poznan..., hace ya mucho tiempo. Las autoridades militares del lugar vacilaban e iban a soltarlo, a menos de recibir órdenes directas del mariscal Von Grock o de más arriba. Von Grock había decidido que el poeta debía morir y despachado aquella tarde las órdenes para su ejecución. Después, fue enviada otra orden para suspender la ejecución y salvar así al poeta; pero como el hombre que llevaba la orden de suspensión murió en el camino, el prisionero fue liberado, finalmente.

–Pero, cómo... –repitió Wotton en forma mecánica.

–El hombre que llevaba la orden *de suspensión* –añadió Gahagan con algo de sarcasmo.

–Murió en camino... –murmuró Wotton, con tono suave y muy serio.

–Entonces, naturalmente, el prisionero fue liberado –observó Gahagan jocosamente en voz alta–. Todo está clarísimo. Cuéntenos otra historia parecida, abuelo.

–Es una historia perfectamente verídica –protestó Pond– y ha ocurrido exactamente como estoy relatándola. No es ninguna paradoja o algo por el estilo. Sólo que, desde luego, ustedes deben conocerla completamente para ver lo sencilla que es.

–Sí –concedió Gahagan–. Creo que tendré que conocerla toda antes de darme cuenta de su extrema sencillez.

–Mejor será que usted nos aclare la historia –dijo brevemente Wotton.

Paul Petrowski era uno de esos hombres faltos de sentido práctico y de tan prodigiosa importancia en la política práctica. Su poder estaba basado sobre el hecho de que era un poeta nacional, pero un cantor internacional. Es decir, daba la circunstancia que poseía una voz muy hermosa y potente, con la cual cantaba sus propias canciones patrióticas en la mitad de las salas de concierto del orbe entero.

En su patria, desde luego, era antorcha y trompeta de las esperanzas revolucionarias, especialmente ahora, en medio de la especie de crisis internacional donde desaparecen los políticos prácticos y sus puestos son ocupados por hombres más o menos prácticos que ellos mismos. Porque el verdadero idealista y el verdadero realista tienen en común, por lo menos, el amor de la acción. Y los políticos prácticos prosperan ofreciendo objeciones prácticas frente a cualquier acción. Lo que el idealista hace puede no dar resultados, y lo que el hombre de acción hace puede ser falto de escrúpulos; pero en ninguna actividad un hombre puede labrarse una reputación no haciendo nada. Es extraño que estos dos tipos extremos estuvieran en los dos extremos de aquel único puente y camino en medio de los pantanos: el poeta polaco, prisionero en la ciudad sitiada en un extremo; el soldado prusiano, comandante del campamento, instalado en el otro extremo.

Pues el mariscal Von Grock era un verdadero prusiano, no sólo enteramente práctico, sino que también enteramente prosaico. Nunca había leído una línea de poesía; pero no era tonto. Poseía el sentido de la realidad propio de los soldados; y eso le impedía cometer los errores bestiales de los políticos prácticos. Él no se burlaba de las visiones; se contentaba con odiarlas. Sabía que un poeta o un profeta pueden ser tan peligrosos como un ejército. Y había decidido que el poeta debía morir. Era su única lisonja dirigida a la poesía; y era sincera.

En aquel momento se encontraba sentado delante de una mesa, en su tienda de campaña; el caso puntiagudo que llevaba siempre en público yacía frente a él; y su maciza cabeza parecía bastante calva, a pesar de que tenía solamente el pelo cortado al rape. Todo su rostro estaba afeitado y no presentaba más que un par de gafas muy fuertes que bastaban para impartir un aspecto enigmático a sus pesadas facciones. Se volvió hacia un teniente que estaba parado cerca de él..., un alemán perteneciente a la variedad con pelo claro y rostro más bien mofletudo, cuyos azules ojos redondos tenía una mirada fija y vacía:

–Teniente Von Hocheimer, ¿dijo usted que Su Alteza llegaba esta noche al campamento?

–A las siete y cuarenticinco, mariscal –respondió el teniente, que parecía no tener ganas de hablar, como un gran animal que estuviera aprendiendo a hablar.

–Entonces, dispongo apenas del tiempo necesario –dijo Von Grock– para enviarle a usted con esa orden de ejecución antes de que él llegue. Debemos servir a Su Alteza en todas las formas posibles; pero, particularmente, evitándole molestias innecesarias. Ya estará bastante atareado con la inspección de las tropas; cuide de que todo sea puesto a la disposición de Su Alteza. Dentro de una hora él se marchará de aquí para dirigirse al campamento siguiente.

El macizo teniente pareció despertar parcialmente a la vida, e hizo un vago saludo:

–Desde luego, mariscal. Todos debemos obedecer a Su Alteza.

–He dicho que todos debemos servir a Su Alteza –dijo Von Grock.

Con un movimiento más seco que de costumbre, se sacó las pesadas gafas y las dejó sobre la mesa. Si los pálidos ojos azules del teniente hubiesen podido ver algo de esa clase, o si éstos hubieran podido abarcar más, se habrían abierto lo bastante frente a la transformación provocada

por el ademán. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Momentos antes, el mariscal Von Grock presentaba la apariencia poco común de un rinoceronte, con los gruesos pliegues de sus mejillas y mandíbula. Ahora, semejaba una nueva especie de monstruo: un rinoceronte con los ojos de un águila.

La fría mirada de sus ojos experimentados le habría hecho comprender a cualquier persona que en su cuerpo había algo más que materia pesada. Por lo menos, una parte de él estaba hecha de acero, y no sólo de hierro. Pues todos los hombres viven gracias a un espíritu, aunque sea un espíritu maligno, o uno tan extraño para la comunidad de los cristianos, que ellos alcanzan apenas a discernir si es bueno o malo.

—He dicho que todos debemos servir a Su Alteza —repitió Von Grock—. Voy a hablar más claramente, y diré que todos debemos salvar a Su Alteza. ¿No es bastante que nuestros reyes sean nuestros dioses? ¿No es bastante que ellos sean servidos y salvados? A nosotros nos toca servirlos y salvarlos.

Raras veces el mariscal hablaba, o aún pensaba. Y puede comprobarse que, de una manera general, cuando los hombres de este tipo se deciden a pensar en voz alta, prefieren mucho más hablar con un perro. Hasta experimentan cierto placer en emplear largas palabras y complicados razonamientos delante de un perro. Sería injusto comparar al teniente Von Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, el cual es un ser muchísimo más sensible y vigilante. Resultaría más exacto decir que Von Grock, en uno de sus raros momentos de reflexión, experimentaba el placer de estar razonando en voz alta delante de una vaca o un repollo.

—Incontables veces, en la historia de nuestra casa real, el sirviente ha salvado al amo —prosiguió Von Grock—, consiguiendo solamente puntapiés en pago de ello, por lo menos del mundo exterior, que siempre adopta una postura sentimental frente al éxito y a la fuerza. Pero, por lo menos, hemos tenido éxito y fuerza. Maldijeron a Bismarck porque engañó hasta a su propio amo con relación al telegrama de Ems; pero, gracias a ello, el amo se convirtió en el amo del mundo. París fue tomada; Austria destronada; y nosotros quedamos a salvo. Esta noche, Paul Petrowski morirá, y de nuevo nos encontraremos a salvo. Por esto quiero enviarle a usted en seguida con la orden de ejecución. ¿Ha comprendido usted que está llevando la orden para la ejecución inmediata de Petrowski, y que debe quedarse allí para verla obedecida?

El mudo Von Hocheimer saludó; él comprendía eso perfectamente. Y después de todo, poseía algunas de las cualidades de un perro: era tan valiente como un bulldog y podía ser fiel hasta la muerte.

–Usted debe subir a su caballo y marcharse enseguida. –continuó Von Grock–, y cuidar de que nada le detenga o le desvíe. Sé perfectamente que ese imbécil de Arnheim tiene el propósito de soltar a Petrowski esta noche, si no le llega ningún mensaje. Vaya volando.

Y el teniente volvió a saludar y salió a la oscuridad de la noche; y, montando en uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de aquel espléndido cuerpo de caballería, empezó a galopar por la alta y estrecha carretera que corría sobre el terraplén y que parecía casi la cúspide de una muralla que dominaba el oscuro horizonte, la borrosa configuración y los marchitados colores de aquellos vastísimos pantanos.

Apenas se habían apagado en la carretera los últimos ecos del galope del caballo del teniente, cuando Von Grock se levantó, se puso el casco y las gafas y salió a la puerta de su tienda; pero por otro motivo. Los principales miembros de su estado mayor, en uniforme de gala, estaban ya acercándose a él; y a lo largo de las más distantes líneas oíanse los ruidos de los saludos rituales y el griterío de las órdenes. Su Alteza el príncipe llegaba.

Su Alteza el príncipe era algo así como un contraste, al menos en el aspecto externo, con la gente que lo rodeaba. Incluso en otros aspectos constituía algo así como una excepción en su ambiente. Usaba, asimismo, un casco puntiagudo, negro con reflejos azulados, pero que pertenecía a otro regimiento. En la combinación de ese casco con su barba negra y larga, entre todos esos soldados pulcramente afeitados, había algo mitad incongruente y mitad imaginativamente apropiado, de un modo anticuado. Junto con su barba negra y larga llevaba una capa también negra y larga cuyo único adorno era una refulgente estrella de la más alta Orden Real. Bajo esta capa negra usaba un uniforme negro y a pesar de ser tan alemán como cualquiera de sus soldados, era un alemán muy diferente. Cierta expresión orgullosa y abstracta de su rostro concordaba con la rumoreada leyenda de que su única pasión en la vida era la música.

En realidad, Von Grock se sentía inclinado a unir esta remota excentricidad con el hecho, altamente desagradable e irritante para él, de que el príncipe, en vez de proceder de inmediato a la revisión de las tropas, formadas ante él según la etiqueta militar de la nación, se adentrara derechamente en el problema que Von Grock deseaba con tanto ahínco evitar: el tema del infernal polaco, de su popularidad y de su peligro. El príncipe había escuchado sus canciones en todos los teatros de Europa.

–Ejecutar a un hombre como ése es una locura –dijo el príncipe, ceñudo–. Este no es un polaco cualquiera, es toda una institución europea. Este acto será lamentado y juzgado por nuestros aliados, por nuestros amigos y aún por los propios alemanes. ¿Quiere convertirse en la loca que mató a Orfeo?

–Alteza –replicó el mariscal–, será lamentada su muerte, pero estará muerto. Será deificada su memoria, pero estará muerto. Cualesquiera que hayan sido sus proyectos, ya no los podrá llevar a cabo. Cualesquiera que hayan sido sus actos, ya no los podrá seguir ejecutando. La muerte es el hecho de los hechos y yo soy un hombre muy aficionado a los hechos...

–¿Sabe usted algo del mundo? –inquirió el príncipe.

–Nada del mundo me importa –respondió Von Grock– más allá del último puente fronterizo negro y blanco de la patria.

–¡Dios mío! –exclamó Su Alteza–. ¡Usted habría ahorcado a Goethe por una disputa con Weimar!

–Para la seguridad de la casa real de Su Alteza –contestó Von Grock–, lo habría hecho sin un instante de vacilación.

Hubo un breve silencio, y el príncipe dijo de repente, con tono cortante:

–¿Qué quiere decir eso?

–Significa que no he vacilado ni un momento –repuso el mariscal firmemente–. Yo mismo he despachado ya las órdenes para la ejecución de Petrowski.

El príncipe se levantó como una gran águila negra y el remolino de su capa semejó el de unas enormes alas; y todos los hombres comprendieron que un sentimiento de rabia indescriptible lo había convertido en un hombre de acción. El príncipe no dirigió ni una palabra a Von Grock, sino que, con voz atronadora, llamó al segundo comandante del campamento, el general Von Voglen, un hombre corpulento, de cabeza cuadrada, que había permanecido un poco apartado, inmóvil como una roca.

—¿Quién tiene el mejor caballo en su división de caballería, general? ¿Quién es el mejor jinete?

—Arnold Von Schacht tiene un caballo que podría ganar en velocidad a uno de carrera —respondió el general—. Y lo monta tan diestramente como un jockey. Es uno de los Húsares Blancos.

—Muy bien —dijo el príncipe, con el mismo tono de nuevo—. Ordénele que salga inmediatamente en persecución del hombre que lleva ese loco mensaje y que lo detenga. Yo mismo le daré la autorización para ello, la cual, supongo, no será discutida por el distinguido mariscal. Tráigame una pluma y tinta.

Se sentó, echando a un lado la capa; le trajeron los materiales para escribir, y redactó con mano firme la orden que anulaba todas las otras, para suspender la ejecución y poner en libertad a Petrowski el polaco.

Después, en medio de un silencio mortal, durante el cual el viejo Von Grock permaneció con la mirada fija y sin pestañear, como un ídolo de piedra de los tiempos prehistóricos, salió rápidamente de la estancia, arrastrando su capa y su sable. Estaba tan violentamente disgustado que ninguno de los hombres se atrevió a recordarle que tenía que pasar revista a las tropas. Arnold Von Schacht, un joven activo y de cabello rizado, que tenía más bien el aspecto de un niño, pero que llevaba más de una medalla sobre el albo uniforme de los Húsares, hizo restallar sus tacones y recibió el papel plegado de manos del príncipe. Luego, salió a pasos rápidos, saltó sobre su caballo y se lanzó hacia la alta y estrecha carretera, cual una saeta plateada o una estrella fugaz.

El viejo mariscal volvió lenta y tranquilamente a su tienda, lenta y tranquilamente se sacó el casco puntiagudo y las gafas y los posó sobre la mesa, como antes. Entonces, llamó a un ordenanza que se encontraba justo fuera de la tienda y le mandó ir a buscar al sargento Schwarz, de los Húsares Blancos.

Poco después se presentaba ante el mariscal un hombre delgado y tieso, con una gran cicatriz a través de la mandíbula; parecía demasiado moreno para ser alemán, a menos que sus colores hubiesen sido alterados por años de humo, de tormenta y de mal tiempo. Saludó y permaneció en posición de firme, mientras el mariscal levantaba lentamente los ojos hacia él. Y, a pesar de la inmensidad del abismo entre el mariscal imperial, con generales bajo sus órdenes, y ese vapuleado sargento, la verdad era que, de todos los hombres que han hablado en esta historia, estos dos que estaban cara a cara se comprendieron sin necesidad de palabras.

–Sargento –dijo brevemente el mariscal–, le he visto a usted en dos ocasiones anteriores. La primera fue, creo, cuando usted ganó el premio de todo el ejército para el mejor tirador a la carabina.

El sargento saludó y no dijo nada.

–La segunda vez fue –prosiguió Von Grock–, cuando le interrogaron por haber matado a aquella maldita anciana que no quería informarnos sobre la emboscada. El incidente causó considerables comentarios en aquel tiempo, aún entre algunos círculos nuestros. Sin embargo, se ejerció influencia en favor de usted. Mi influencia.

El sargento repitió el saludo y se mantuvo en silencio. El mariscal continuó hablando de una manera descolorida, pero curiosamente cándida:

–Su Alteza el príncipe ha sido mal informado y engañado sobre un punto esencial para su propia seguridad y para la de la patria. Bajo el efecto de esta equivocación ha enviado apresuradamente una orden de liberación para el polaco Petrowski, que debe ser ejecutado esta noche. Usted debe salir inmediatamente con su caballo en persecución de Von Schacht, que lleva esa orden, para detenerlo.

–Difícilmente me será posible alcanzarle, mariscal –dijo el sargento Schwarz–. Monta el más veloz caballo del regimiento y es el mejor jinete.

–No le he dicho a usted que lo alcance. Le dije que lo detenga –precisó. Luego prosiguió más despaciosamente–: A menudo, un hombre puede ser parado o emplazado con varias señales...,

gritando o disparando—. Su voz se arrastró aún más, pero sin marcar una pausa—: La descarga de una carabina podría atraer su atención.

Y entonces el oscuro sargento saludó por tercera vez y su fea boca permaneció de nuevo cerrada.

—El mundo es modificado —dijo el mariscal—, no por lo que se dice o por lo que se censura o alaba, sino por lo que se hace. El mundo no anula nunca lo que ha sido hecho. En este momento, el matar a un hombre es algo que debe ser realizado. —Sus brillantes ojos de acero lanzaron una súbita mirada al otro, y añadió—: Me refiero, desde luego, a Petrowski.

Y el sargento Schwarz sonrió aún más sombríamente; y él también, levantando la lona de la entrada de la tienda, salió a la oscuridad y montó en su caballo y se alejó al galope.

El último de los tres jinetes tenía aún menos costumbre que el primero de dejarse llevar por su imaginación. Pero como él también era, en alguna imperfecta forma, un ser humano, no podía dejar de experimentar, en una tal noche y en una tal misión, la nota opresiva que se reflejaba en aquel inhumano paisaje.

Mientras avanzaba galopando por aquel único puente abrupto, en rededor suyo se extendía hacia el infinito algo mil veces más inhumano que el mar. Pues un hombre no podría nadar allí, ni hacer navegar botes en su superficie, ni hacer nada humano con esa extensión; solamente podría hundirse en ella, casi sin posibilidad alguna de lucha.

El sargento sintió vagamente la presencia de algún fango que no era ni sólido ni líquido ni capaz de recibir ninguna forma; y sentía su presencia tras las formas de todas las cosas. Era ateo, como muchos hombres tristes y hábiles del norte de Alemania; pero no pertenecía a aquel tipo feliz de paganos que pueden ver en el progreso humano una floración feliz de la tierra. Ese mundo que tenía ante sus ojos no era un campo donde el reino vegetal o los seres humanos evolucionaban y se desarrollaban y daban frutos; era sólo un abismo en el cual todos los seres vivientes se hundirían para siempre como en un pozo sin fondo. Y tal pensamiento lo endureció para emprender todos los extraños deberes que tenía que cumplir en un mundo tan odioso. Las manchas gris-verdes de vegetación a ras del suelo, vistas desde arriba como un mapa extendido, parecían más la huella de alguna enfermedad que un desarrollo; y las lagunas rodeadas de tierra

habrían podido contener veneno más bien que agua. Recordó la preocupación humanitaria de algunas personas sobre el envenenamiento de las lagunas.

Pero las reflexiones del sargento, al igual que la mayoría de las reflexiones de los hombres poco dados a la meditación, tenían su raíz en cierto esfuerzo inconsciente al que estaban sometidos sus nervios y su inteligencia práctica. La verdad era que, no sólo el camino recto que tenía ante él resultaba lúgubre, sino que también parecía interminablemente largo. Nunca había creído poder cabalgar tan lejos sin llegar a ver en lontananza al hombre que iba siguiendo. En verdad que Von Schacht debía tener el más veloz de los corceles para haber podido tomar ya tanta delantera; pues, después de todo, hacía poco tiempo que éste había salido del campamento. Como Schwarz lo había dicho, era muy improbable que pudiera alcanzarlo; pero en un sentido muy realista de las distancias le había hecho pensar que muy pronto iba a divisarlo. Y entonces, justo cuando la desesperación había empezado a descender y a extenderse vagamente sobre el paisaje, logró divisar a Von Schacht.

Una mancha blanca, que iba tomando poco a poco la forma de una figura blanca, apareció a lo lejos, galopando furiosamente. Llegó a alcanzar ese tamaño porque Schwarz logró también hacer cabalgar furiosamente su montura; pero la figura era bastante grande para mostrar la tenue raya diagonal naranja del albo uniforme que caracterizaba al regimiento de los Húsares. El vencedor del premio del tiro a la carabina de todo el ejército había tenido la ocasión de dar en blancos aún más pequeños que esa figura.

Cogió su carabina; y el retumbar de un ruido insólito sacudió a todas las aves salvajes en varias millas a la redonda, sobre los silenciosos pantanos. Pero el sargento Schwarz no se preocupó por ellas. Lo que le interesó fue que, aún a esa distancia, pudo ver doblarse la figura y cambiar la forma, como si el hombre se hubiese deformado repentinamente. Iba colgando como un saco de la silla de montar; y Schwarz, con su exacto ojo y larga experiencia, tuvo la certeza de que su víctima había sido alcanzada y que el disparo le había matado dándole en el corazón. Entonces, derribó al caballo con un segundo disparo; y todo el grupo ecuestre dio un tumbo, resbaló y desapareció en el oscuro pantano, abajo de la carretera.

El perspicaz sargento tenía la certeza de haber cumplido con su misión. Los hombres perspicaces de este tipo suelen actuar con mucha precisión; por eso se equivocan a menudo en lo que hacen.

Había ofendido al compañerismo, alma de los ejércitos; había dado muerte a un valiente oficial que estaba cumpliendo con su obligación; había engañado y desafiado a su soberano, y cometido un vulgar crimen sin la excusa de una disputa personal; pero había obedecido a su oficial superior y había ayudado a matar aun polaco.

Por el momento, estos dos últimos hechos llenaron su mente; y regresó pensativo para presentar su informe al mariscal Von Grock. No abrigaba dudas sobre la perfección del trabajo que acababa de realizar. El hombre que llevaba la orden de liberación estaba seguramente muerto; y aún si, por algún milagro, estuviese sólo moribundo, no habría podido montar nuevamente su caballo muerto o agónico para llegar a la ciudad a tiempo para evitar la ejecución. No; en resumidas cuentas, resultaba mucho más práctico y prudente regresar para cobijarse bajo el ala de su protector, el autor del desesperado proyecto. Con todas sus fuerzas, confió en el gran poder del gran mariscal.

Y, en verdad, el gran mariscal dio muestras del siguiente rasgo de grandeza: después de la monstruosa cosa que había hecho, o causado, desdeñó cualquier temor de enfrentarse con los hechos en el lugar mismo de los acontecimientos, o las comprometedoras posibilidades de mantenerse en contacto con su instrumento. En efecto, más o menos una hora después, él y el sargento galoparon juntos por la carretera elevada hasta llegar a cierto punto, donde el mariscal se apeó de su montura, pero mandó al otro que siguiera adelante. Deseaba que el sargento fuera hasta el destino original de los jinetes para ver si la ciudad estaba tranquila después de la ejecución., o si quedaba algún peligro debido al resentimiento popular.

—¿Aquí es, mariscal? —preguntó el sargento en voz baja—. Yo me imaginaba que era más adelante: pero la pura verdad es que este infernal camino parecía alargarse más y más como una pesadilla.

—Es aquí —respondió Von Grock; se volvió pesadamente, se acercó al borde del largo parapeto y echó una mirada hacia abajo.

La luna se había levantado sobre los pantanos y estaba alta en el firmamento, haciendo brillar las aguas oscuras y las verdes algas; y en el más cercano cañaveral, al pie del terraplén, yacía una especie de ruina luminosa y radiante, todo lo que quedaba de uno de aquellos soberbios caballos y jinetes blancos de su vieja brigada. Tampoco cabía duda sobre la identidad; la luna había convertido en un aureola el dorado pelo rizado del joven Arnold, el segundo jinete que llevaba la orden de liberación; y la misma luz mística de la luna brillaba no solamente sobre el tahalí y los

botones, sino también sobre las medallas especiales del joven soldado y sobre los galones y signos de su grado.

Bajo un tal glamoroso velo luminoso habría podido casi estar en la blanca coraza de Sir Galahad; y difícilmente habría podido darse contraste más horrible que el formado por una tal juventud y gracia derribadas, abajo, y la pétrea y grotesca figura que las estaba contemplando desde arriba.

Von Grock se había sacado de nuevo el casco; y aunque es posible que ello fuera la vaga sombra de alguna forma funeraria de respeto, su efecto visible fue que la cabeza desnuda y el cuello parecido al de un paquidermo brillaban bajo la luz lunar como la cabeza pelada y el cuello de algún monstruo de la Edad de Piedra. Rops, o algún otro grabador de las negras y fantásticas escuelas germanas, habría podido dibujar el retrato de una enorme bestia tan inhumana como un escarabajo, que iba mirando desde arriba las alas rotas y la coraza blanca y dorada de algún derrotado campeón de los Querubines.

El mariscal no rezó ninguna oración ni pronunció palabras de conmiseración; pero, de alguna manera oscura, su mente se había conmovido, al igual que aún el oscuro e inmenso pantano se mueve a veces como un ser viviente; y tal como la voluntad de los hombres cuando se sienten por primera vez, débilmente, a la defensiva, él trató de formular su única fe y de confrontarla con el severo universo y la luminosa luna.

—Después y antes del hecho, la Voluntad Germana es la misma. No puede ser rota por los cambios y por el tiempo, como la de los que se arrepienten. Está fuera del tiempo, como una cosa de piedra, y mira hacia adelante y hacia atrás con la misma cara.

El silencio que siguió fue bastante largo para satisfacer su fría vanidad con cierta sensación de poder, como si una figura de piedra hubiese hablado en un valle de silencio. Pero el silencio principió a vibrar una vez más con el distante murmullo de las débiles pisadas de unos cascos de caballo; y, momentos después, el sargento regresaba por la elevada carretera; y su moreno rostro con cicatriz ya no era simplemente sombrío, sino que tenía un aspecto horrible bajo la luz de la luna.

—Mariscal —dijo, saludando con extraña tiesura—, he visto a Petrowski el polaco.

–¿No lo han enterrado aún? –preguntó el mariscal, algo abstraído, mientras seguía mirando todavía hacia abajo.

–Si es que lo han enterrado –dijo Schwarz–, él ha rodado a un lado de la losa de la tumba y se ha levantado del reino de los muertos.

Dirigió la mirada hacia adelante, a la luna y los pantanos. Pero, aunque estaba mucho de ser un visionario, no se puso a mirar estas cosas, sino más bien las cosas que acababa de ver. Había visto realmente a Paul Petrowski caminando vivo y despierto por la avenida principal, brillantemente alumbrada, de aquella ciudad polaca situada al principio de la carretera; había reconocido perfectamente la esbelta silueta con cabello suelto y barba afrancesada, que figuraba en tantos álbumes privados y magazines ilustrados. Y, detrás del poeta, había visto aquella ciudad polaca adornada con banderas y antorchas, y una población que hervía para testimoniar su admiración al triunfante héroe; aunque, tal vez, el pueblo mostraba hacia el gobierno menos hostilidad de la esperada, pues estaba regocijándose por la liberación de su héroe popular.

–¿Quiere decir usted –gritó de repente Von Grock– que se han atrevido a liberarlo a pesar de lo ordenado en mi mensaje?

Schwarz volvió a saludar y dijo:

–Ya lo habían liberado, y no habían recibido ningún mensaje.

–¿Usted quiere hacerme creer, después de todo esto, que ningún mensajero llegó a la ciudad desde nuestro campamento?

–No llegó absolutamente ninguno –afirmó el sargento.

Hubo un silencio mucho más largo, y luego el mariscal dijo con voz ronca:

–¿Qué diablos ha pasado? ¿Puede usted imaginar algo que pueda explicar todo esto?

–He visto algo –dijo el sargento– que, creo yo, lo explica.

Cuando el señor Pond hubo relatado la historia hasta este punto, hizo una pausa con una irritante expresión vacía.

–Bueno –dijo Gahagan, con impaciencia–, ¿y usted sabe algo que pueda explicar todo esto?

–Bueno, creo que sí –repuso blandamente el señor Pond–. Es que tuve que preocuparme de ello, cuando el informe llegó a mi oficina. La cosa se debió a un exceso de obediencia prusiana. También se debió a un exceso de otra debilidad prusiana: el desprecio. Y, de todas las pasiones que ciegan y enloquecen y descarrilan a los hombres, la peor es la más fría: el desprecio. Von Grock había hablado demasiado confortablemente delante de la vaca y con demasiada confianza delante del repollo. Solía despreciar a los hombres estúpidos aún en su propio estado mayor; y trató a Von Hocheimer, el primer mensajero, como a un simple mueble, sencillamente porque tenía facha de tonto; pero éste no era tonto. Él también había comprendido lo que el mariscal había querido decir, tan bien como el cínico sargento que había hecho toda su vida esa clase de trabajo sucio.

–Von Hocheimer –prosiguió Pond–, había comprendido la peculiar filosofía moral del mariscal, a saber: que una orden no puede ser cuestionable aún cuando no sea defendible. Sabía que su comandante deseaba simplemente el cadáver de Petrowski; que quería conseguirlo de cualquier manera, a costa de cualquier decepción de príncipes o destrucción de soldados. Y cuando oyó que un jinete más rápido iba galopando tras él para alcanzarlo, supo tan bien como Von Grock que el nuevo mensajero debía de llevar el mensaje de perdón del príncipe. Von Schacht, aquel muy joven pero muy valiente oficial, que parecía encarnar a toda esa más generosa tradición alemana que ha sido demasiado descuidada en este relato, era digno del incidente que le convirtió en el heraldo de una política más generosa. Fue acercándose a Von Hocheimer con la celeridad de aquella noble tradición legada en Europa por la caballería, y le llamó con un tono que parecía el de la trompeta de un heraldo, ordenándole que se detuviera y diera media vuelta. Y Von Hocheimer obedeció; se volvió en su silla; pero su mano llevaba la carabina apuntando como una pistola, y mató al muchacho de un tipo entre las cejas.

–Después se volvió –remató Pond su relato– y siguió galopando, llevando la orden de ejecución del polaco. Detrás de él, caballo y hombre habían caído por sobre el borde del terraplén, de modo que toda la carretera estaba despejada. Y a lo largo de esa abierta y despejada carretera galopó a

su vez el tercer mensajero, asombrándose ante la interminable duración de su viaje; hasta que por fin divisó el inconfundible uniforme de un húsar que semejaba una estrella blanca que iba desapareciendo en la lejanía, y él también disparó. Pero no mató al segundo mensajero sino al primero. Por eso ningún mensajero llegó a la ciudad polaca aquella noche. Por eso el prisionero salió vivo de la prisión. ¿Creen ustedes que yo estaba completamente equivocado cuando dije que Von Grock tuvo dos sirvientes fieles, y uno de más?...

FIN

(Traducción anónima revisada por B. L.)